

*oratorio* digno de Mozart y Haydn; oid aquel coro de monjes, que parece cantado al otro lado del sepulcro, más allá de la vida, en la paz de la muerte; oid aquel terceto.....

*O tourment, ô supplice!*

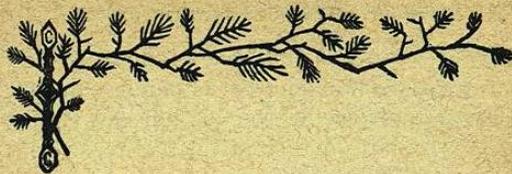
melodía suprema que flota entre la gloria y el infierno; marejada de bendiciones y blasfemias, de ruegos y de imprecaciones, de esperanza y de temor; expresión culminante de todo el *spartitto*; y luego ved cómo se resuelve en un cántico sobrehumano, celestial, inefable, que va á perderse en los espacios sin límites, como las oraciones y las almas de los justos.....

Pero ¡diablo! ¿Qué estamos haciendo? ¿Es acaso posible dar en un folletín la idea de esta ópera? ¡Pues qué! ¿Las revistas se cantan al piano?—Id....., id á *Roberto*, y si tenéis alma, ella os dirá lo que no cabe en un folletín, lo que no puede hablarse ni escribirse, lo que nosotros experimentamos siempre que oímos verdadera música.....

### III

Pero ¡ay! ¡no vayáis al *Roberto* que se canta..... ó se chilla este año en el *teatro Real* de Madrid!

1858.



## CONTRA LAS ZARZUELAS

### ADVERTENCIA

¡Alguna memoria puede quedar hoy de los centenares de *Revistas de teatros* que escribí durante aquellos años (de 1855 á 1859) en que me arrogué audazmente la profesión de crítico, es indudablemente el recuerdo de la porfiada guerra que hice á las zarzuelas, entonces muy en boga.

Reconozco que fuí exagerado en mis ataques á este género de espectáculos; pero sírvame de disculpa la exageración con que lo patrocinaban y ensalzaban por su parte otros escritores y el alarmante favor que llegó á alcanzar en toda España.

Aconteció entonces que todos nuestros autores dramáticos y todos nuestros músicos dedicáronse á escribir zarzuelas, abandonando los unos el teatro español *de verso* y propalando los otros que la *ópera nacional* nacería del cultivo de aquella clase de composiciones. Los co-

liseos de verso y el de la ópera italiana se vieron, pues, desatendidos por el público, que se solzaba grandemente con los híbridos y grotescos engendros que constituían el repertorio del célebre Caltañazor.

Ni era esto todo: á la sazón no se habían creado todavía los nobles centros de verdadera filarmonía que hemos admirado y aplaudido después en los Cuartetos del Conservatorio y en los Conciertos matinales ó nocturnos de teatros y jardines situados en las afueras del antiguo Madrid. Haydn, Mozart, Beethoven, Mendelssohn, Weber, todos los gigantes del arte musical, eran desconocidos del pueblo español. Euterpe no recibía en nuestra patria más culto público que el que le rendían nuestros instrumentistas, nuestros cantantes y nuestros compositores por medio de las decantadas zarzuelas..... Estaba, pues, comprometida hasta la esperanza de los amantes de la verdadera música, en el empeño que maestros tan insignes como Arrieta, Barbieri, Saldoni, Oudrid, etc. (algunos de ellos autores de ya aplaudidas óperas), mostraban en llegar por el camino de la zarzuela á la consolidación del teatro lírico español.

Contra pretensiones y aspiraciones tan insensatas, era contra lo que me revolvió yo en mis escritos, no contra la zarzuela en sí, como se verá en los fragmentos que reimprimiré á con-

tinuación. Yo concedía á la zarzuela el derecho de existir como un espectáculo burlesco que simbolizase, no los progresos y tendencias de un arte naciente, sino la deliberada caricatura de un arte de mayores y más solemnes miras.

El tiempo ha venido á darme la razón: la zarzuela, al cabo de veinte años de favor público, no ha engendrado la *Ópera española*, sino los *Bufos madrileños*.

Léanse ahora todas las razones en que yo fundaba en aquel tiempo mis hoy realizadas profecías. No insertaré, sin embargo, sino extractos de mis revistas, ó sea los trozos más sustanciales y de crítica más general; omitiendo en lo posible los ataques concretos contra determinados autores ó contra sus obras.—En el fragor de las batallas, estos ataques y los que yo recibí pudieron estar justificados. Hoy no me queda ya sino aprecio y hasta cariño hacia mis adversarios de entonces.

Es lo que les pasa á todos los militares retirados: que, al fin de su vida, sólo tienen palabras de afectuoso respeto para nombrar á los mismos guerreros á quienes en otro tiempo llamaban antonomásticamente *el enemigo*.

En cambio, nunca deja de inspirar fanático amor á cada uno la bandera que tremoló en el combate, como le inspira eterna aversión el estandarte que vió ondear enfrente del suyo.

## I

## DE LA ZARZUELA

.....

Viva la música burlesca, viva la tonadilla confundida con el sainete, viva el *vaudeville* joco-serio, salpimentado de coplas y de finales cuyo trivial sentimentalismo está al alcance de las *traviatas* más ínfimas. Viva en hora buena todo esto; pero viva en los pueblos donde la música nacional cuenta ya con más solemne culto, tiene abiertos más nobles palenques, ostenta más ilustres títulos; viva, por ejemplo, en Francia, donde hay un teatro de Grande-Opera-seria francesa, que produce las inmortales obras de Halevy, de Auber y de Meyerbeer; viva allí, donde ya puede jugarse con el arte como con un león domesticado; viva allí, donde saben caricaturarlo todo, hasta la melodía, ese aliento de Dios!—Y viva aquí también, si queréis; pero no resumiendo la vida de nuestra música nacional, no absorbiendo todos nuestros talentos líricos, no representando nuestra ilustración filarmónica. Viva aquí....., ¡pero en la esfera de los espectáculos que sólo se proponen recrear; no al nivel del coliseo donde la verdad y la filosofía tienen su cátedra, ni al nivel del

templo adonde van las almas á embriagarse con las armonías del sentimiento, único idioma universal, cuya clave está en todos los corazones privilegiados.

.....

Pero hablemos un poco de los libretistas.

¿Queréis saber lo que han encontrado nuestros poetas en la plazuela del Rey?

Fracasos, desdenes, silbidos, y cuando más, respetuosa tolerancia.

Bretón, el ilustre Bretón, el autor de *El Pelo de la dehesa*, ha visto naufragar sus dos zarzuelas: *El Novio pasado por agua* y *Las cosas de Don Juan*.

Rubí, el autor de *El arte de hacer fortuna* y de *Los dos validos*, no consiguió acertar en *Tribulaciones* y zozobró en *La Hechicera*.

Atina García Gutiérrez en *El Grumete*, y yerra en *La espada de Bernardo*, y cae en *La cacería real*.—¡García Gutiérrez, el autor de *El Trovador*!

Ayala, el creador de *El Hombre de Estado* y de *Rioja*, dramas de primer orden, ve pasar desatendidas *La Estrella de Madrid* y criticados *Los Comuneros*. ¡Quince noches bastaron á enterrar cada una de esas obras!

Eguílaz, popular á los veintidós años y una de las mejores esperanzas de nuestra literatura, va á pique de un modo lamentable en *La Vergonzosa en Palacio*.

Suárez Bravo hace de *Las señas del Archiduque* la hoz que siega los laureles de ¡*Es un ángel!*

Larra goza de justo renombre de buen dramático; pero ni su nombre basta á proteger *Un embuste y una boda*, que se hunde en el abismo.

Doncel estrena su sepulcro al són de los silbidos de *La Picaresca*.

Cisneros escribe un drama, *Esperanza*, que le da un nombre. *La litera del oidor* le da mucho menos, puesto que le da un mal rato.

Villalosa trueno en *La Dama del Rey*.

Y Larrañaga, y Arnao, y Larrea, y Lozano, y Guerrero, y todos, en fin, chicos y grandes, caen en la misma tentación y logran el mismo resultado.

Mas no por esto se contriste la musa española. Esos desastres son triunfos. Nuestros dramáticos están demasiado acreditados para que pueda perjudicarles su impotencia en este género espurio.

Pero ¿en qué consiste esa impotencia? nos preguntaréis.

En que los libretos españoles pecan de demasiado líricos, de muy graves, de sobrado decentes; en que la zarzuela es propia de la ligereza transpirenaica; en que aquí no somos diestros en la pantomima, en la paradoja, en la onomatopeya, en la prestidigitación, en el arte de brocha gorda.

Por eso agradan más las zarzuelas traducidas; por eso, y dichosamente por eso, no saben inventarlas nuestros primeros literatos, mientras que los *dioses menores* (¿para qué nombrarlos?), los libretistas que no saben escribir, no digo ya en castellano, pero ni tan siquiera en racional, logran cada éxito con sus *poemas* zarzuelescos, que es cosa de quemar uno su librería.

.....  
¿Adónde vamos? ¿Qué es esto?

Dichosamente, no vamos á ninguna parte. Dichosamente, esto no durará.

La zarzuela morirá, como murió el género andaluz, como murió Churriguera, como morirá el miriñaque.

Y morirá, porque si los poetas no se cansan de trocar su gloria por un puñado de plata, el público abrirá los ojos, y verá que en el Circo pierde el tiempo, el dinero y el buen gusto.

.....  
Un crítico, en un momento de distracción, —pues no es posible creer otra cosa,— ha confundido al libretista de zarzuelas con el libretista de óperas, sin considerar que son oficios muy distintos.

En la zarzuela rige el poeta: en la ópera rige el músico. En la zarzuela la letra es lo principal y la música lo accesorio: en la ópera acontece lo contrario. Quitad las palabras á una

ópera después de escrita; cantadla tarareada ó solfeada, y quedará la ópera en pie.

Y esto es tan cierto, cuanto que el libreto se canta en italiano ante un público cuya mayor parte no lo comprende y que, sin embargo, nada echa de menos.....

Porque la música es un idioma, volvemos á decir, cuando no se propone solamente recrear, y el libreto es un andamio que sirve para levantar el edificio y se retira después de concluída la obra.

En la zarzuela la música no expone, no expresa nada: es un lujo, un adorno. Y ¡ay del músico que se entusiasma y se eleva en el teatro del Circo!

Que allí no se va á oír música, sino á ver trajes, desfiles de tropas y decoraciones magníficas; á ver á la tiple vestida de hombre y al caricato vestido de mujer; á oír redobles de tambores, repiques de campanas, algazara, tiros y jolgorio.....—¡Entonces se aplaude; entonces hay lleno completo!.....—¿No es verdad, señores empresarios?

Preguntad á un parroquiano del Circo por ese mismo Meyerbeer, por su *Roberto il Diavolo*, y os dirá que le apesta!

No: la zarzuela no engendrará la ÓPERA NACIONAL.

¡Ni menos desarrollará la música española!  
¡Pues qué! ¿Podrá decirse que toda la mú-

sica que se canta en el Circo es española, que tiene carácter de tal, que es original siquiera?

Nosotros, pobres melómanos, simples oyentes, que, obligados por nuestro oficio de folletinistas, vamos á aquel coliseo como si fuéramos al Purgatorio, podemos asegurar haber escuchado allí música francesa, alemana é italiana, á vuelta de alguna que otra seguidilla española; y no nos detendremos á citar, como pudiéramos hacerlo, y lo haremos en su caso, pieza por pieza, motivo por motivo, acompañamiento por acompañamiento.

.....

Tiene la zarzuela otro inconveniente que no le permite crecer, y es la dificultad, casi la imposibilidad, de encontrar cantantes que declamen ó actores que canten..... como se debe cantar y declamar.

.....

Dícesenos que Rossini y Verdi empezaron por poco y llegaron á mucho.—¡Pues que nuestros principiantes hagan zarzuelas, y nuestras notabilidades escriban óperas ó no escriban nada!

Por lo demás, Saldoni y Arrieta empezaron componiendo óperas, y acaban haciendo zarzuelas.—¡Esto es progresar!

.....

Queremos la *ópera española*, y la esperamos, y nunca tiraremos de los pies á nuestros compatriotas para evitarles que suban á un digno puesto, sino para bajarlos de un puesto indigno. La *ópera española* puede existir y existirá. Nuestro suelo ha dado á Europa cantantes de primer orden. La Malibran, Paulina García, la Condesa de Fuentes, Amalia Anglés, Echevarría, Carrión, Belart, Rodas, Unanue, García y los que ahora no recordamos, nacieron en España, y muchos de ellos recorren hoy los primeros teatros del mundo. Nuestro suelo ha dado también y tiene músicos capaces de escribir la *ópera*. Martini, Cuyas, Inzenga, Gomis, Saldoni y otros varios comprueban nuestro dicho. El Sr. Barbieri, si desatase su inspiración aprisionada en el Circo; Arrieta, orgullo de nuestra patria; Gaztambide, ¡el mismo Gaztambide! Oudrid, etc., escribirían la *ópera nacional* si quisieran; y esto es tan positivo, que dentro de algunas noches (lo decimos con inmensa satisfacción) se cantará en el *teatro Real* la *Isabel la Católica* de Arrieta, *ópera* que vale más que todas las zarzuelas habidas y por haber.

.....

Día llegará en que nuestros músicos nos estrecharán la mano, confesando que hemos tenido razón en atacar tan rudamente la zarzuela.

Aquel día la música española se cantará en todos los pueblos extranjeros: aquel día la zarzuela vegetará en un barrio de Madrid.

.....

## II

## LOS MAGYARES

## I

—¿Ha estado V. en *Los Magyares*, señor folletinista?

—No, señor..... Hace tres noches que no se encuentra un billete ni por un ojo de la cara.

—¡Ya lo creo!..... *Los Magyares* es el *non plus ultra* de las zarzuelas. Á mí me gusta más que *Catalina*.

—¿Es V. filarmónico?

—No, señor: de Getafe.

—Digo que si le gusta á V. la música.....

—¿Cuál?

—¡Hombre! ¡la música!...

—¡Qué música ni qué ocho cuartos!..... Mire usted: Caltañazor sale montado en una mula, y, sólo de verlo, nos echamos á reir. No sé en qué consiste; pero siempre que habla ese hombre, aunque no sea gracioso lo que diga, se me va la carcajada!.....

—Afinidades.

—No sé.... Y ¡qué decoraciones! ¡Han gastado un dineral en espigas!.... En fin: es la gran función del año.... Dicen que dará muchas entradas.

—¿De quién es el libreto? ¿De Ayala?

—No, señor....

—¿De Bretón?

—No, señor.... ¡Esos no saben dónde tienen la mano derecha!—Es de Olona.

—¡Hombre! ¡Ese autor no se equivoca nunca!.... ¡Todas sus obras tienen un éxito brillantísimo!

—Un éxito envidiable.

—No diré yo tanto.—¿Y el *spartito*? ¿Será de Barbieri?....

—¡Qué! No, señor....

—¿De Arrieta?

—¡Ca!.... ¡El esparterito es de Gaztambide! ¡Y salen segadores, húngaros y borregos!....

—Pues es preciso ir.

—¡Ya lo creol!.... ¡Verá V. cosa buena!.... Y eso que no canta la Ramírez!....—En fin.... Hasta luego.... Ya nos veremos por allí....

—Vaya V. con Dios, hombre.... ¡Vaya V. con Dios!

2

Las carnes se nos abrieron cuando quedamos solos, al pensar en que acaso no nos gus-

taran *Los Magyares* como progreso de la ÓPERA ESPAÑOLA, y nos viéramos, por consiguiente, en la precisión de anatematizarlos desde nuestra cátedra de folletinista.

—¡Oh Dios! (dijimos). ¡Que nos gusten *Los Magyares*! ¡Que el público tenga razón! ¡Que suceda un milagro! ¡Que haya una zarzuela buena!—¡Oh!.... ¡Si *Los Magyares* no nos gustan, estamos perdidos!

En efecto: ¿quién lucha con las turbas de los barrios, que dicen que la zarzuela nueva es mejor que *La Cola del Diablo*? ¿Quién lucha con toda la Prensa, que ha consignado en una y otra gacetilla que la tal obra es admirable? ¿Quién lucha con la realidad de las cosas; con ese público que acude en masa; con esa Empresa satisfecha de sí misma; con una función, en fin, en que se ha gastado *mucho dinero*?

En medio de esta agitación, oímos sonar las ocho de la noche.

Cinco horas después conocíamos ya *Los Magyares*.—¡Somos el sér más desgraciado de la tierra!

3.

Respeto y consideración merecen, sobre todo en nuestro país, los miles de duros que la Empresa del teatro de la Zarzuela ha gas-